

# LA VIDA INMUEBLE

Federico Galende

LAUREL



A pesar de todo, Romy caminaba ahora por una playa desierta. Era una mañana soleada de invierno, hacía frío, la arena se tendía en el horizonte como una sábana recién planchada y las únicas huellas de vida eran las patitas de las gaviotas, que quedaban impresas a orillas del mar a medida que el invasor se acercaba. Todo iba bien hasta que de repente una ola le mojaba los talones, en un inesperado impulso que él interpretó como un llamado. Era un llamado cortés, que lo invitaba a considerar lo indistinto que resultaba estar de este o aquel lado del mar. Entonces la muerte se le aparecía por fin como lo que era, un trámite inofensivo, casi neutral, que lo invadía con absoluta naturalidad mientras él se inclinaba sobre la arena para trazar con un dedo las iniciales de un nombre.

Mientras ya despierto contemplaba el paisaje inmóvil, sopeó que a lo mejor el sueño que acababa de tener se debía a que Barona le había enviado días atrás un manuscrito en el que trabajaba y que incluía una cita de Chéjov sobre algo similar. Decía que cuando un hombre de disposición melancólica se queda a solas con el mar o contempla un panorama que le

parece grandioso, por alguna razón se entrevera con su tristeza el convencimiento de que vivirá y morirá ignorado, y por lo mismo su reacción automática será tomar un lápiz y escribir su nombre en cualquier superficie que encuentre a la mano. La única diferencia era que en el sueño Rummy no escribía su nombre, escribía el de un amigo.

El amigo había muerto hacía unos meses y ahora jugaba con Rummy a entrar y salir de sus pensamientos mientras él seguía contemplando a través del vidrio la calle vacía, el lento movimiento de la luz sobre las cosas. Nunca había tenido tiempo de reparar en estos detalles; tampoco en los pasos puntillosos que la luz daba en su tránsito hacia el otoño, ensombreciendo de a poco la zona del escritorio a la que durante el verano le llegaba desde el mediodía un cuchillazo de sol. O a lo mejor sí lo había hecho, pero reteniendo del tránsito entre las estaciones una síntesis general, una ligera modificación en el aire, los días que se acortan, los atardeceres levemente más fríos. Digamos que estaba habituado a poblar un momento y luego el que le seguía, no el intersticio, la transición misma.

Esto era diferente: la calle como una instantánea, los autos estacionados en un mismo punto, los árboles de la cuadra comidos por las enredaderas, los tarros de basura uno al lado del otro... Nada cambiaba de lugar, como si las horas se hubiesen estacionado también, por mucho que la quietud hubiera

motivado a la vez algunas apariciones descabelladas, como la del puma que según las noticias había estado merodeando por la ciudad noches atrás. Rummy levantó las cejas en señal de asombro cuando supo que el felino había pasado a solo una cuadra de su departamento. Pensó en lo mucho que le hubiera gustado verlo, y envidió a los peatones que habían tenido la oportunidad de hacerlo en plena madrugada. De haber sido él uno de ellos, dispondría de una buena anécdota para contarle a su hermana Silvina. No se veían hacía ya un par de años porque vivían en países distintos, pero de repente comenzaron a intercambiarse mensajes. Como ella trabajaba en un centro de salud pública, le enviaba reportes a través del whatsapp un par de veces por semana; siempre tenía alguna buena historia para contarle, y Rummy nunca tenía ninguna. Lo del puma habría sido una chance, pero no se le dio.

Años atrás sí se le había dado, aunque no con un puma sino con un ciervo. Se había trasladado con una beca a escribir un libro en una ciudad nórdica, hacía muchísimo frío y pasaba los días y las noches encerrado en una cabaña desde donde veía caer la nieve. En aquella ciudad tampoco las cosas se movían mucho: le costaba reconocer las horas en las que debía irse a dormir, y por las noches salía a fumar. A pesar de que era corto de vista, una madrugada distinguió a un par de metros unas pupilas dilatadas en medio de la penumbra. Se quitó los lentes,

se frotó los ojos, se los volvió a poner y ahí estaba: ¡era un ciervo! No lo podía creer.

Desde ese día comenzó a salir al porche siempre a la misma hora, y poco a poco esos primeros encuentros furtivos se habían convertido en una cita. Rummy que salía a la una de la mañana y se sentaba en la banca en silencio, los trotes delicados del animal haciendo crujir las hojas entre la nieve para venir a verlo, los movimientos en espejo, él que levantaba suavemente la cabeza tras encender el cigarro y el ciervo que hacía lo mismo respecto de los pequeños manchones de hierba: había un punto intangible en el espacio en el que se observaban fijamente el uno al otro. Podría haberse arrepentido de no haberle tomado nunca una foto, sobre todo porque cada vez que contaba esta anécdota la gente le exigía una prueba, pero no se arrepintió.

Y ahora pensaba que tampoco se arrepentiría en caso de tener la suerte de ver al puma. ¿Para qué lo iba a fotografiar? En este mundo había ya demasiadas fotografías, y con distinguir la silueta parda del felino desplazándose fugazmente entre los autos estacionados le habría bastado. Evidentemente había algo que lo desilusionaba en esta época en la que todo debía ser documentado, firmado, grabado, fotografiado. La suya era tal vez una actitud confiada, que reposaba en una ingenua fe en la palabra, pero tenía su lógica si se considera que Rummy se dedicaba a escribir. Es verdad que como escritor era poco significativo,

aunque esto podría ser más una cualidad que una desventaja, en el sentido de que solo en los escritos poco significativos las palabras experimentan toda su libertad. Nadie está dispuesto a pagar por ellas, y eso les permite jugar a sus anchas en patiecitos pobres o en constelaciones discretas, indiferentes a las presiones de las ideas y sus acostumbrados corolarios suntuosos.

La semana pasada, mientras conversaban por teléfono con Silvina, ella le había devuelto a propósito una historia interesantísima: hace muchísimos años, la madre de una colega suya le había comprado a Julio Cortázar el departamento de calle Artigas. El precio lo habían pactado justo cuando estalló el Rodrigazo, donde lo mismo que costaba diez pesos por la mañana podía costar cien durante la tarde, motivo por el que la madre de la colega de Silvina se había sentido obligada a telefonear al escritor a París para consultar por el nuevo precio de la propiedad. ¿Cómo?, preguntó Cortázar, el precio ya se lo di. Entonces ella tuvo que explicarle que iba a perder mucho dinero porque las cosas habían cambiado radicalmente en el país. Sí, las cosas pueden haber cambiado, pero mi palabra no, dijo el escritor.

A Rummy la anécdota le había encantado, y durante no pocos días estuvo dándole vueltas al tema. Recordaba, en la misma línea, el tapadón de boca que le había propinado Miles Davis a la esposa de un político que intentaba instalar una polémica sobre jazz durante una incómoda velada en la Casa Blanca.

Miles había asistido al lugar contra su voluntad, después de que Cicely Tyson, su pareja de entonces, le rogara que por favor no la dejara sola en esa comida exclusiva para millonarios racistas. Todo el mundo lo confundía con un chofer, y cuando ya sin paciencia osó interrumpir a la señora que no paraba de decir sandeces sobre el jazz, esta le preguntó con desprecio que quién era él para discutir. Mire –respondió él–, yo soy Miles Davis, he cambiado tres veces la historia de la música y es probable que la vuelva a cambiar una vez más. Usted, además de ser blanca, ¿qué otra cualidad tiene?

Rumy siempre pensaba que sería bueno escribir alguna vez un libro inventariando estas sencillas historias ejemplificadoras. Tenía por montones, las coleccionaba, a veces las repasaba en silencio, las reescribía de distintas maneras mientras caminaba o, de un tiempo a esta parte, mientras miraba por la ventana. Prefería eso por lejos a ver las noticias, donde las palabras no valían nada, tanto que si decían que los pumas bajaban a la madrugada lo más probable era que lo hicieran a medianoche. Las noticias seguramente se basaban en los testimonios de quienes dejaban sus casas para ir temprano al trabajo, o sea que era la gente la que salía de madrugada, no los pumas. Así que Rumy comenzó a espiar la calle a esa hora, porque por muchas cosas que se dijeran en las noticias, en las redes o donde fuera, al final la decisión la tenía que tomar él.



¿No le pasaba algo similar con los huevos? Le gustaban mucho y nunca sabía si era saludable o no comerlos. Leía el diario, o buscaba en internet, y la información no era escasa; por el contrario, era abundante, lo que representaba un problema: cientos de nutricionistas y expertas discurriendo a lo largo de tutoriales interminables sobre la ingesta de huevos. Algunos llamaban a no comer más de dos por semana, otras mencionaban pruebas fehacientes de que era recomendable comer hasta tres por día. Entonces era él quien tenía que decidir.

Debía hacerlo circundado por opciones a las que auxiliaban razones parejas, como ocurre siempre con las decisiones, en un contexto en el que por lo demás todo había cambiado. El ruido ambiente no provenía ya de los bocinazos, las alarmas, las frenadas o el alboroto de alguna construcción aledaña, lo que brindaba a la ciudad un aire campestre, como si fuese el preámbulo de una fábula surrealista. Naturalmente, el cambio había dado lugar a otra clase de ruidos: un televisor encendido, el trajín de los platos al mediodía o las voces que emanaban de los departamentos vecinos, bulliciosas cuando se trataba de una familia hacinada y en forma de hilo cuando los habitantes eran una o dos personas. A medida que la noche se acercaba los ruidos se iban apagando en escala, gradualmente, primero los de los niños que correteaban todo el día abriendo y cerrando puertas, después los de quienes conversaban en algún

balcón próximo y finalmente los de los aparatos, de los que siempre quedaba una rémora, como la voz del novio de la chica del primer piso saliendo con nitidez del auricular del teléfono.

El silencio, para resumir, se había vuelto profuso, y bastaba con que Rummy apoyara la cabeza sobre la almohada procurando tomar una decisión para que de repente lo sobresaltaran los gritos desesperados de una vecina que vivía en el primer piso del edificio de al lado. Era una mujer alcohólica, de cuyos delirios nocturnos toda la cuadra estaba advertida. Se notaba que sufría mucho, por lo que se alcanzaba a escuchar parecía que a causa de una pareja que la había abandonado años atrás, y a quien dirigía los insultos en exclusiva mientras arremetía contra los muebles o golpeaba la pared. Rummy habría jurado que el enemigo era imaginario si no fuera porque a veces, resignado a no poder concentrarse y beneficiándose involuntariamente del mutismo del entorno, escuchaba la voz ronca y burlona de él respondiéndole con toda serenidad: le decía que para qué le iba a estar pasando dinero si todo se lo gastaba en trago. Era una acusación bastante antipática, dirigida con la malicia de quienes dominan el arte de la violencia pasiva.

Aunque lo de Rummy era por supuesto una especulación, porque lo que de aquellas discusiones retenía eran solo fragmentos y aprontes, en ningún caso la totalidad. Mal que mal no era su único tema, y a veces se quedaba dormido lamentando que con

Barona, con quien se llevaban tan bien, estuvieran impedidos de verse mientras otras parejas, como en este caso, dilapidaban su fortuna de esta manera. No importaba que a las trifulcas, con las que había aprendido a cerrar los ojos como si fueran canciones de cuna, siguieran cada tanto las apasionadas escenas de cama cuyos rugidos volvían a despertarlo, ahora en calidad de testigo, un testigo incómodo y abochornado.

Ella gemía, él le susurraba a lo Barry White frases hirvientes al oído. Rummy no desconocía la afinidad de algunas parejas por estos experimentos de versatilidad, enhebrados por perdonazos enfermizos y repentinos cambios de marcha, pero le llamaba la atención no haberse encontrado nunca con el hombre; después de residir durante tantos años en el vecindario, identificaba a la gente de la cuadra, incluida ella, a quien sorprendía de tanto en tanto tirada entre los arbustos de alguno de los antejardines de la manzana, o caminando en zigzag con una bolsa colgando del brazo en dirección del almacén de la esquina. Pero a él no lo había visto jamás, no lo conocía.

Hasta que una mañana despejó el enigma: estaba parado como siempre frente a la ventana cuando vio a su vecina pasar caminando en zigzag. El plano cenital le entregó la panorámica de su cabeza, un manchón negro oscilando entre las fachadas curvas de los edificios y la línea de la calle. Como la ventana estaba abierta, desde el tercer piso Rummy escuchó que

iba rumoreando algo para sí misma, sumida en una especie de monólogo, y cuando aguzó el oído, asomando una parte del cuerpo por fuera de la baranda, corroboró con asombro que las voces que ella iba turnando eran exactamente las mismas que oía durante la noche.

El de la vecina era un número de ventriloquia. No estaba seguro de llamarlo monólogo, aunque tampoco juzgaba adecuado definirlo como un diálogo. Quizá se lo podía llamar de las dos maneras; después de todo, en el último tiempo también él había comenzado a dirigirse la palabra más de la cuenta. A primera hora de la mañana se recomendaba en voz alta algunas tareas domésticas, más que nada para darse un empujoncito, y durante el resto del día no era extraño que se infundiera algún insulto a grito pelado cada vez que experimentaba un incidente pasajero: un tenedor que se le resbalaba del plato, una copa de vino derramada sobre la alfombra o cualquier cosa tirada en el suelo que no alcanzara a ser recogida mecánicamente con el impulso que se daba al agacharse. En fin, tampoco estaba seguro de si estos eran diálogos o monólogos, menos aun cuando de ellos participaba, como ocurría por la noche después de las primeras copas, una caterva de amigos ausentes en los que Rummy se desdoblaba.

Recordaba de una manera vaga haberse hablado a sí mismo en voz alta cuando era pequeño, aunque por aquella época no lo hacía consigo sino con un séquito de amigos fantasmas. Era

la solución que había encontrado cuando en su casa lo castigaban y no lo dejaban salir: reunía a sus amigos en unos duelos de tenis imaginarios. El tenis le encantaba pero no era bueno, motivo por el que cuando su padre los llevaba el fin de semana al club de remeros, donde paradójicamente nadie remaba y todo el mundo jugaba al tenis, nadie quería jugar con Rummy. El nivel era alto, y los niños que se formaban con entrenadoras y profesores especializados no querían perder el tiempo midiéndose con alguien que los agobiaba clavando una y otra vez la pelotita en la red o tirándola a varios metros de la línea de fondo.

El tenis, como se sabe, es un deporte difícil, y quizá su mayor obstáculo resida en que para jugarlo bien es necesario contar con rivales que estén por encima de tu nivel, rivales que están buscando a la vez otros rivales que estén por encima del nivel de ellos. Dadas estas circunstancias, Rummy concluyó que nunca aprendería a jugar tenis, a menos que empleara esta otra fórmula: la de no ser él quien jugara, sino la de poner a jugar a otros a través de él.

Con esto era feliz: en su casa había un paredón grisáceo sobre el que había trazado con tiza una línea horizontal que se erguía a un metro del suelo, simulando una red, y allí llevaba a cabo sin ninguna dificultad sus torneos imaginarios. Durante las tardes, después de almorzar y hacer las tareas, se vestía con su uniforme de tenista (las zapatillas que le había regalado su

padre, los calcetines de toalla, la polera de cuello abotonado y los pantalones cortos con bolsillos amplios en los que se guardaba la pelota para el segundo saque) y, tras retirar la raqueta, salía hecho un tiro a la cancha, donde dejaba que se fueran eliminando unos a otros los amigos que había seleccionado para el torneo. Si en el primer partido se enfrentaban Celso contra Miguelito, por poner un ejemplo, Rummy sacaba a título del primero y respondía a título del segundo, sumergiéndose en un intercambio de raquetazos que culminaba cuando uno de los dos cometía un error. De ahí salía el triunfador, que se enfrentaría más tarde al ganador del partido siguiente.

Él trataba de ser todo lo imparcial que podía, pero tenía sus favoritos: Celso era uno, no porque le cayera mejor que los otros sino porque era el único cuya cabellera ameritaba que Rummy se pusiera la vincha. El favoritismo, lo acababa de notar, se había convertido en una suerte de premonición, porque Celso se había dedicado al tenis en la vida real y días atrás, mientras miraba cualquier cosa en la tele, lo vio aparecer de improvviso en un programa de deportes disertando sobre una de sus pupilas, quien acababa de llegar a cuartos de final en Roland Garros. Si al principio le costó un poco reconocerlo fue porque habían pasado casi cincuenta años y Celso, sometido como cualquiera al impiadoso paso del tiempo, había perdido todo su pelo, el mismo que de pequeño, cuando le decían El Facha, barría

como una cortina tupida hacia atrás con un sacudón canchero de la cabeza.

De esa cabellera que tanto admiraba (Rumy buscaba imitarla en sus movimientos, pero la suya era un mojón desobediente cuya única cualidad residía en no emigrar de la cabeza) no había quedado nada, como tampoco había quedado para él nada del tenis, a excepción de la enseñanza que le había dejado el zanjón interpuesto entre las ilusiones que se hacía con el asunto y las dificultades reales que le imponía el juego. Era una enseñanza incompleta, sin embargo, puesto que la vida real no cesaría de añadir a sus ensoñaciones de plenitud, como lo estaba corroborando ahora mismo, desafíos cada vez más arduos.

Le sucedía últimamente con las redes sociales, el único de los universos que daba la impresión de quedar en pie, con sus corsos de navegantes dúctiles desembarcando en una planicie de caritas y dedos pulgares a la que él no hallaba cómo acceder, lo que no tenía ninguna importancia si lo comparaba con el estreno de las nuevas plataformas para reunirse, en las que debía bucear por obligación y en las que durante los primeros meses sus colegas solían esperarlo con la paciencia de unas Penélopes desabridas al interior de los recuadros. Lo primero que hacía Rumy era disculparse frente a la cámara, con el rostro hecho un sudario tras el periplo por botones mal apretados y obstáculos sorteados a ciegas.

Su conclusión por ahora era que con toda probabilidad jamás habían existido en la historia avances que tornaran de un día para otro tan inútiles las experiencias acumuladas. Antes los viejos sabían más que los jóvenes, pero esto mismo era ya algo muy viejo, y Rummy lo corroboraba cada semana en su encuentro virtual con los estudiantes, donde tras introducir a las apuradas la clase que iba a desarrollar, y que preparaba con fervor, terminaba por resignarse a que fueran ellas y ellos quienes lo aleccionaban durante un par de horas acerca de cómo cortar el micrófono, encender la cámara o utilizar el chat. Es cierto, le resultaba más digerible atender a estas lecciones, donde sin darse cuenta los estudiantes estaban pagando por enseñar, que andandole aletazos a solas entre esas presencias tan inciertas, lo que en la práctica lo llevaba a anhelar el mundo de antes, con sus fatigosos aularios y sus almacenamientos de zombies. Al menos aquello tenía un espesor físico, como lo tenían sus cuadernos de tapa dura, en los que esbozaba de tanto en tanto notas que con el tiempo podían cobrar –no estaba seguro– la forma de minúsculos incidentes eternizados.

En realidad la que los eternizaba era la cotidianeidad, que desde hacía un par de semanas había comenzado a darle a las cosas y las acciones una lentitud sorprendente, imprimiéndolas en un plano en el que no era fácil determinar si se agitaban o estaban quietas. El sol posándose con parsimonia tras el alero



del edificio de enfrente, la pata de un perro suspendida en el aire a orillas de un arbolito o una bolsa de plástico flotando entre los cables del tendido eléctrico eran acontecimientos puros, pero eso los tornaba a la vez inexistentes. A los acontecimientos parecía faltarles una segunda parte, y Rummy se resistía a escribir sobre ellos si no tomaban antes la iniciativa. Por eso se sentaba y se levantaba del escritorio tantas veces, siempre con distintas excusas, una visita relámpago al baño, un descenso fugaz a la calle para dejar la basura, un viaje al freezer para descongelar algo que prepararía más tarde.

Estas tareas domésticas lo ayudaban a rellenar los días. Ni bien abría los ojos, en el último tiempo cada vez más temprano, se ponía a lavar la loza que había quedado de la noche anterior mientras se preparaba un café con la radio encendida. Adoraba esa radio porque se la había regalado Barona, y como no podían juntarse Rummy la tomaba como un sucedáneo. No era que confundiera a Barona con una radio; tomaba su regalo en el sentido más literal, es decir, como un presente. Nada podía serle ahora más útil que esta radio, cuyo volumen cubría de todos modos un área modesta de la cocina, con voces que se amontonaban en los parlantes y que el golpeteo del agua contra la loza le impedía escuchar. Por eso optaba generalmente por lavar primero y encender la radio después, prologando una rutina a la que iba añadiendo durante el resto de la jornada una

secuencia de hitos –la preparación del almuerzo, la sentada frente a la tele mientras comía, la siesta de quince minutos, el disfrute del libro que estaba leyendo y finalmente la caminata de una hora que precedía al par de copas de vino que se permitía durante la noche mirando alguna película– que jamás se saltaba. Así el tiempo pasaba, pero como la estela de un círculo que él hacía girar con la monotonía de esos roedores que corren en vano al interior de una rueda.

Quizá estaba por fin encarnando el famoso tiempo homogéneo y vacío del que tanto se hablaba en la universidad; era el tiempo de la historia, cuya catástrofe residía en que todo volviera a ser siempre lo mismo. Lo había dicho un filósofo al que en las aulas se citaba de manera copiosa, en ocasiones de un modo aun más repetitivo que el de la historia, pese a lo cual Romy se permitía algunas dudas. Por ejemplo: si la historia fuera siempre la misma, entonces él no habría tenido cómo notar que ahora las cosas habían cambiado.

No es que estuviera en desacuerdo con el filósofo; con lo que estaba en desacuerdo era con su reproducción mecánica, de manera que si al filósofo se le ocurría escribir, como de hecho escribió, que «tras la guerra, una generación que había ido a la escuela en tranvías tirados por caballos se encontró de repente en un paisaje en el que todo, menos las nubes, había cambiado», colegas y estudiantes lo repetían sin detenerse en un dato